

J. Nasí

Postmodernismo y relaciones internacionales

Carlo Nasí
Compilador

Boyeté, P. M. Laurence,
1998

Argumento No. 3	
La razón de ser de la sociedad civil es su participación	202
Las limitaciones teóricas del modernismo para explicar un fenómeno moderno	203
Las limitaciones de las perspectivas tradicionales en relaciones internacionales	206
Algunas respuestas en el postmodernismo	209
Conclusiones	213
Referencias	215

PRÓLOGO

*Carlo Nasi
Candidato a Ph.D.
Universidad de Notre Dame*

ITINERARIO DE UNA IDEA

Este libro es el resultado de un "Seminario sobre postmodernismo y relaciones internacionales", promovido por el Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de los Andes, C.E.I., durante los días 18 y 19 de julio de 1994. Me correspondió ser el organizador principal de dicho evento que fue el resultado de varias lecturas y distintas inquietudes intelectuales. La idea era realizar un seminario sobre teoría de las relaciones internacionales en sus vertientes no ortodoxas que reuniera en Colombia a algunos de los estudiosos contemporáneos destacados. Se planteó entonces una lista inicial de académicos, la cual, si bien obtuvo apoyo del entonces director del C.E.I., Juan Tokatlian, no dejaba de producir escepticismo.

Luego de algunos meses de incertidumbre, la prestigiosa analista británica Susan Strange (presidenta de la International Studies Association en el período 1995-1996) manifestó su intención de venir a Colombia: se trataba de la primera señal de que el seminario era factible. Posteriormente otros académicos de Estados Unidos y Canadá revelaron su entusiasmo, a lo que se sumó el patrocinio de distintas entidades que con su gentil apoyo hicieron posible el evento. Sea ésta la oportunidad de agradecer una vez más a la Federación Nacional de Cafeteros, a Aviatur, al Consejo Británico, a la Embajada de Canadá, a Ecopetrol y a la Fundación Santillana, por su valiosa contribución a un seminario que resultó exitoso y de gran provecho para la academia.

Tuvimos la suerte de reunir a algunas voces importantes en el debate contemporáneo sobre teoría de las relaciones internacionales en un seminario muy enriquecedor. Especialmente en una etapa en la cual las relaciones internacionales parecen cobrar una importancia mayor de la

que habían tenido con anterioridad en Colombia. A manera de contexto, a continuación se mencionan algunos aspectos de la evolución teórica en las relaciones internacionales y la ubicación del postmodernismo.

RELACIONES INTERNACIONALES: EVOLUCIÓN TEÓRICA Y SURGIMIENTO DEL TERCER DEBATE

Tres debates

En esta sección me voy a referir a algunos aspectos de la intersección entre postmodernismo y relaciones internacionales. Para ello, es necesario citar algunos elementos del pasado de las relaciones internacionales en cuanto disciplina y ubicar el surgimiento de lo que se conoce como el Tercer Debate.

Se habla de tres debates en la evolución de las relaciones internacionales como disciplina. Hubo un primer debate en la década de 1920-1930 entre realistas e idealistas, el cual no voy a referir aquí. Posteriormente hubo un segundo en la década 1950-1960 entre tradicionalistas (o históricos) y conductistas (o científicos). Este debate fue común a varias ramas de las ciencias sociales (ciencia política, sociología) y giró en torno a la posibilidad misma de estudiar los fenómenos sociales aplicando la metodología científica. Los conductistas argumentaban en favor del método científico como herramienta para alcanzar un conocimiento objetivo y confiable, en contraste con las aproximaciones de tipo tradicional que daban mayor énfasis a las capacidades interpretativas del analista. Si bien resulta difícil hablar de un ganador en ese debate, los conductistas dejaron una huella indeleble. Hoy en día la herencia del conductismo se observa en el hecho de que los métodos cuantitativos hacen parte de la ortodoxia en ciencia política y sociología. ¿Puede decirse lo mismo en materia de relaciones internacionales?

Los métodos cuantitativos se han empleado para estudiar diversos fenómenos del dominio de las relaciones internacionales tales como los procesos de toma de decisiones, las causas de los conflictos, la eficacia de las sanciones económicas internacionales o la propensión de países con distintos regímenes políticos de ir a la guerra. Dentro de esta corriente Michael Nicholson es uno de los defensores principales de la metodología científica¹, pero quizás el trabajo de mayor divulgación (al menos uno que

se extendió por casi tres décadas y con amplia financiación) se debe atribuir a David Singer: Singer estuvo a cargo del famoso proyecto *Correlates of War* (COW) de la Universidad de Michigan que buscaba encontrar un remedio científico y definitivo a las guerras internacionales.² Dicho proyecto, además de resultar muy dispendioso no obtuvo los resultados deseados, revelando los límites mismos de la promesa científica en relaciones internacionales. A esto se sumaron varias críticas a los supuestos positivistas de las aproximaciones científicas que llevaron a concepciones erráticas en el estudio de lo social.³ Los conductistas no lograron desarrollar generalizaciones con poder predictivo ni recomendaciones de mayor utilidad para los tomadores de decisión.

Al igual que en sociología y ciencia política, la metodología científica no ha sido totalmente abandonada en las relaciones internacionales. No obstante, se ha dado lugar a alternativas moderadas evitándose una falacia cuantitativa (no todo lo relevante es necesariamente observable ni se puede traducir en términos de variables medibles). Al fin y al cabo el método se debe definir en función de la naturaleza del objeto de estudio y de las preguntas que queramos resolver, en vez de tener como punto inicial un único método (el científico) para aplicarlo indiscriminadamente a todo tipo de problemática social. Más que tomar una postura "anti" (método científico), se ha intentado discernir el poder explicativo de las herramientas cuantitativas frente a diversos fenómenos sociales.

Buena parte de la producción en relaciones internacionales consiste en aproximaciones empírico-analíticas. Los estudiosos se han esforzado por realizar trabajos sistemáticos y con cierta objetividad, pero no necesariamente han incorporado diseños de investigación con un formato científico que facilite la comprobación (o mejor, la no refutación) de hipótesis a través de mediciones estadísticas. Se habla de enfoques empírico-analíticos, en el sentido de que se estudia/analiza una realidad empírica (instituciones internacionales, política exterior de los gobiernos, intervenciones militares, conflictos internacionales, relaciones de

2 Este proyecto si bien concluyó sin obtener resultados satisfactorios, constituye un punto de referencia para otros que intentan retomar la herencia de Singer. Véase por ejemplo David Deasler, "Beyond Correlations: Towards a Causal Theory of War", en: *International Studies Quarterly* 35, 1991, pp. 337-355.

3 Las críticas a la metodología científica en cuanto herramienta para estudiar fenómenos sociales se encuentra en varios textos. Para mencionar sólo algunos bastante recientes véase Donald Puchala, "Woe to the Orphans of the Scientific Revolution", véase también John Lewis Gaddis, "International Relations Theory and the End of the Cold War", en: *International Security*, Vol. 17 No. 3, winter 1992/93, pp. 323-388.

1 Michael Nicholson, *Formal Theories of International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

cooperación económica, etc.) sin acudir necesariamente al método científico.

Las aproximaciones empírico-analíticas presuponen una concepción del mundo, de sus actores, dinámicas y determinantes principales, así no se trate de teorías muy elaboradas. Por eso es importante hacer referencia a las teorías dominantes en la disciplina que proveen ese (mínimo) nivel de conceptualización. Ya se ha hecho alusión al "segundo debate" de las relaciones internacionales y sus efectos. Antes de pasar al "tercer debate" (la crítica postmoderna), se deben mencionar ciertos supuestos de las distintas teorías de las relaciones internacionales. En efecto, el postmodernismo constituye una crítica radical tanto de los supuestos metodológicos de las aproximaciones empírico-analíticas y científicas, como una reacción frente a las teorías tradicionales de las relaciones internacionales.

Realismo, neorrealismo, pluralismo y teoría del sistema global

La mayor parte de los escritos en relaciones internacionales se identifican con cuatro posibles variantes teóricas: con el *realismo*, con su versión estructural que es el *neorrealismo*, con el *pluralismo*, o con la *teoría del sistema global*.

El realismo y el neorrealismo no se distinguen por una sofisticación teórica de mayor envergadura. Ambas aproximaciones parten de una distinción fundamental entre los ámbitos doméstico e internacional, que son caracterizados en términos de jerarquía y anarquía respectivamente. Anarquía internacional significa en este contexto, la ausencia de un ente superior a los otros; de un ordenador supremo capaz de conseguir el cumplimiento de normas a nivel global (en contraste con el ámbito doméstico, donde se supone que el Estado monopoliza los medios de coerción). Partiendo de esta distinción, los realistas y neorrealistas argumentan que ha habido una continuidad básica en materia de relaciones internacionales: el paso de los siglos no habría afectado el principio de políticas de poder (*power politics*), atributo esencial y permanente de las relaciones entre Estados. En síntesis, se argumenta que debido a la anarquía internacional (falta de un ordenador supremo) cada Estado depende de sus propias fuerzas para sostenerse y por ende obra por interés definido en términos de poder; a su vez, este poder se concreta en términos estratégico-militares. En consecuencia, la evolución histórica del ámbito internacional se asocia simplemente con las modificaciones en las ca-

pacidades militares de los Estados, lo que repercute a su vez en una alteración de las alianzas y balances de poder.

Según estos enfoques el principio de *power politics* adquiere el valor de constante histórica al no verse afectado por el tipo de régimen político, o por las distintas configuraciones sociales, económicas y culturales de los países (a menos que éstas alteren el balance de poder). Se asume además la existencia de un único tipo de racionalidad para los actores involucrados (en este caso los Estados, únicos actores considerados por el realismo y el neorrealismo), que obrarían en función de maximizar sus propios intereses. Lo internacional se concibe en oposición a lo doméstico y como ámbito del egoísmo, de la guerra, de la imposibilidad de una comunidad política o de un bien común.

El realismo y el neorrealismo tienen premisas similares, dado que ambos enfoques comparten una visión específica del mundo. La diferencia tiene que ver con el tipo de argumentación. El realismo constituye una tradición bastante antigua (se remonta a Tucídides según sus seguidores), que parte del estudio de actores históricos particulares (el príncipe, el Estado) para explicar los principios generales que rigen a las relaciones internacionales. El neorrealismo, en cambio constituye una perspectiva bastante reciente (nace en 1979 con Waltz⁴), que deduce los atributos y tipos de comportamientos de los Estados a partir de la naturaleza y estructura del sistema internacional. Los neorrealistas acusan a los realistas de reduccionismo, por cuanto sería ilusorio derivar propiedades generales de lo internacional a partir de una sumatoria de conductas y propiedades de actores individuales: por el camino inductivo, dicen los neorrealistas, la diversidad sería inmanejable.

De ahí que los neorrealistas opten por una teoría sistémica. De acuerdo con esta teoría, la estructura del sistema internacional (definida en términos del posicionamiento de las distintas partes entre sí) es lo que determina que todos los Estados tengan atributos y conductas semejantes a nivel internacional. La estructura del sistema internacional se define como anárquica y descentralizada, lo que implica la ausencia de una autoridad superior a la de los varios Estados para imponer orden. Al mismo tiempo, los neorrealistas hacen una distinción entre *autoridad* y *poder*, dado que la anarquía en términos de autoridad no es incompatible con una jerarquía de poder, donde los Estados de mayores recursos (las potencias) imponen las reglas del juego a nivel internacional.

4 Véase Kenneth Waltz, *Theory of International Politics*, New York, Random House, 1979.

Las anteriores aproximaciones han sido criticadas desde varios ángulos.⁵ En parte, seleccionar tres o cuatro características como si fueran las definitivas para explicar el comportamiento de los Estados (tal y como lo hacen el realismo y el neorrealismo), da una imagen tan general, que su poder explicativo es muy limitado. Decir que todos los Estados actúan por interés definido en términos de poder no da cuenta de las variaciones geográficas e históricas en la constitución misma además del comportamiento de distintos Estados. Tampoco explica la existencia de ámbitos de cooperación a nivel internacional y no problematiza la construcción histórica de los intereses. Por el contrario, se asume a nivel de *premisa* que los Estados obran racionalmente para maximizar sus ganancias. Además tales enfoques sobrevaloran el significado de lo estratégico-militar, que ha variado sensiblemente en los últimos cincuenta años en razón del fin de la guerra fría y del significado de las armas nucleares, entre otras. De manera adicional el poder, en cuanto elemento central de dichas aproximaciones, no pudo ser conceptualizado adecuadamente, de modo que se lograra distinguir entre capacidad potencial y recursos efectivamente utilizables en situaciones específicas (no todos los recursos de poder se pueden emplear para todas las ocasiones).

El neorrealismo a su vez, ha mostrado deficiencias para explicar cambios históricos de gran envergadura: fue acusado, por ejemplo, de no proveer herramientas para dar cuenta de la transición del Medievo a la Edad Moderna, del principio de heteronomía al de soberanía, como si siempre hubieran existido los Estados soberanos.⁶ Las limitaciones se extienden además a que el neorrealismo da cuenta de los límites que construyen a todos los Estados en lo internacional, pero a la vez no puede (ni pretende) explicar las políticas exteriores específicas de los Estados⁷ (de ahí la distinción entre teoría de política internacional y teoría de política exterior). Más aún, dado que la preocupación fundamental, tanto del realismo como del neorrealismo, es el mantenimiento del equilibrio y la estabilidad, las implicaciones normativas de esto son bastante conservadoras.

Me he referido al realismo y al neorrealismo en conjunto por razones de economía argumental ya que los dos enfoques comparten muchas premisas. No obstante, a nivel cronológico el realismo antecedió al neorrealismo. El realismo tomó impulso desde los años treinta y tuvo mayor vigencia durante los años cincuenta y sesenta. A comienzos de los setenta aparece la teoría de la interdependencia, que antecede a la aparición del neorrealismo.

La teoría de la interdependencia surgió como reacción frente al realismo y buscó incorporar nuevos actores que adquirirían cada vez mayor protagonismo a nivel internacional, como es el caso de las multinacionales, varios organismos internacionales (concebidos como simple telón de fondo de los conflictos entre Estados por el realismo), las organizaciones no-gubernamentales (ONGs), actores sub-nacionales y otros. Se trataba de rebasar las visiones Estado-céntricas del realismo, para facilitar el entendimiento de una realidad con manifestaciones complejas y donde los Estados no necesariamente aparecen como actores unitarios (las distintas agencias que conforman a cada Estado gozan de relativa autonomía y tienen agendas internacionales divergentes, lo que afecta la racionalidad de la política exterior). La disminución de tensiones en el conflicto Este-Oeste (por ejemplo, el acercamiento entre Estados Unidos y China) así como la intensificación de los lazos de cooperación económica a nivel global durante los años setenta, cuestionaba la idea misma de un mundo regido en términos de *power politics*, donde lo prioritario eran los asuntos estratégico-militares. No obstante, la teoría de la interdependencia tuvo un débil desarrollo más allá de su formulación inicial por parte de Keohane y Nye⁸. Más aún, a pesar de pretender reemplazar al realismo, la teoría de la interdependencia fue pronto criticada por el neorrealismo, y luego absorbida por el pluralismo-liberalismo, cuya tradición se remonta al siglo XVIII.

Si bien la teoría de la interdependencia alertó sobre la creciente complejidad del mundo, a la vez no pudo generar un sólido marco explicativo en el área de las relaciones internacionales. En efecto, dicha teoría facilitó un listado de otros actores que pueden ser importantes en el orbe (además de los Estados), pero no dio lugar a un modelo general capaz de vincular a esos otros actores y explicar sus interacciones entre sí y con el Estado. La interdependencia también afirmó que los Estados no pueden ser concebidos en los términos planteados por el realismo (es decir, como

5 Las varias críticas se pueden encontrar en una variedad de textos. Véase por ejemplo John Lewis Gaddis, *Op. cit.* Véase también los capítulos 2-6 de Charles Kegley (Ed.), *Controversies in International Relations Theory. Realism and the Neoliberal Challenge*. New York, St. Martin's Press, 1996.

6 Esta crítica fue formulada por J. G. Ruggie originalmente, citado en Janice Thomson, *Mercenaries Pirates and Sovereigns*. Princeton, Princeton University Press, 1994, p. 12.

7 Citado en Alexander George, *Bridging the Gap: Theory and Practice in Foreign Policy*. Washington D.C., United States Institute of Peace Press, 1993, p. 140.

8 Robert Keohane and Joseph Nye, *Power and Interdependence: World Politics to Transition*, Boston, Little Brown, 1977.

actores unitarios y racionales), pero tampoco articuló una concepción alternativa que trascendiera un plano descriptivo. Dentro de la tradición pluralista, quizás tuvieron mejores resultados otros estudiosos dedicados a analizar ciertos aspectos específicos mencionados por la interdependencia: Allison por ejemplo, permitió una ruptura con la idea del Estado unitario y racional a través de sus tres modelos (especialmente el modelo 2 sobre el proceso organizacional y el 3 sobre políticas burocráticas)⁹, aunque recientemente se obtuvo evidencia para cuestionar sus hallazgos¹⁰. Por otro lado, Putnam, (1988) y Gourevitch, (1978) entre otros, han logrado formular aproximaciones que dan cuenta de la vinculación de lo doméstico y lo internacional, al menos en lo que se refiere a negociaciones interestatales y asuntos de política económica. Estas últimas aproximaciones, sin embargo, se enfocan hacia temáticas concretas y no se presentan como teorías generales de lo internacional.

El desarrollo del neorrealismo hacia finales de los setenta con Kenneth Waltz a la cabeza sirvió para dar un nuevo impulso a versiones más estadocéntricas de las relaciones internacionales: en contraste con los interdependentistas, los neorrealistas volvieron a situar a los Estados como actores principales a nivel global, argumentando que con ellos se explica lo más importante en oposición a todo en materia de relaciones internacionales. Se criticaba a la interdependencia el riesgo de dispersión, de abarcar demasiado y perder claridad frente al objeto de estudio el cual debía limitarse al sistema de Estados.

Junto con el neorrealismo, hacia comienzos de la década de los ochenta empezó a tomar vigencia la teoría de regímenes internacionales, la cual se puede considerar como parte de la tradición pluralista. Stephen Krasner fue uno de sus principales impulsores a partir de la definición de los regímenes internacionales como:

conjuntos (explícitos o implícitos) de principios, normas, reglas y procedimientos de toma de decisiones, alrededor de los cuales convergen las expectativas de distintos actores en un área determinada de las relaciones internacionales. (Krasner, 1983:2).

Esta aproximación permitió algunos matices importantes tomando a los regímenes internacionales como variable interviniente. El énfasis en las normas, principios y expectativas llamó la atención sobre los cambios en las reglas del juego a nivel internacional y por ende, en las variaciones de los patrones internacionales de conducta. De una concepción de lo internacional como simple reino de la anarquía y de las políticas de poder donde todo es posible, se pasa a la pregunta: *¿cómo se logra cierto orden a falta de un ordenador supremo, de un ente superior capaz de costreñir al cumplimiento de normas?* La teoría de regímenes internacionales ofreció una posible respuesta a esto, viendo en los regímenes internacionales factores de orden, de generación de convenciones y regularidades en distintas áreas como la seguridad internacional, la cooperación económica, los derechos humanos, etc. Esto constituye un cambio notable frente al realismo/neorrealismo, puesto que se revalúa la idea de anarquía internacional en favor de un mundo más predecible y con reglas de comportamiento claras, al menos en ciertos dominios.

La teoría de regímenes internacionales acabó combinándose recientemente con el neorrealismo en un híbrido denominado "neoliberalismo institucional".¹¹ dentro de ésta perspectiva, el neorrealismo provee la estructura esencial de lo internacional, mientras que los regímenes dan cuenta de cómo la anarquía se ha limitado en distintos frentes, a través de principios y normas que han moldeado las expectativas y conductas en el orbe.

Por último, habría que mencionar entre la gama de las aproximaciones en relaciones internacionales, la teoría del sistema global (*World System Theory*). De inspiración predominantemente marxista, esta teoría tuvo su apogeo en la década de los setenta con Immanuel Wallerstein, Chase Dunn y otros, quienes desarrollaron una argumentación emparentada con la teoría de la dependencia. La teoría del sistema global puso especial énfasis en lo que se refiere al desarrollo del capitalismo a nivel global y la consiguiente división del orbe entre países del centro, periferia y semiperiferia. La teoría del sistema global así como la teoría de la dependencia no han estado exentas de serias críticas,¹² a pesar de que Wallerstein se debe contar entre los teóricos más influyentes en la disciplina de las relaciones internacionales.

9 Graham Allison, *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*. Boston, Little Brown and Co. 1971.

10 Al pasar el tiempo requerido para mantener en secreto los archivos gubernamentales, se organizó recientemente un foro donde se demuestra la disparidad entre las explicaciones de Allison y el proceso de la crisis de los misiles según fuentes oficiales.

11 Véase en especial el primer capítulo del libro de Robert Keohane *International Institutions and State Power*. Boulder, Westview Press, 1989.

12 Véase por ejemplo la crítica profunda de Robert Packenham en el capítulo 2 de su libro *The Dependency Movement*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 1992.

La aparición de distintos enfoques o "paradigmas" en las relaciones internacionales, nunca se resolvió en el sentido de sucesión y reemplazo.¹³ Es decir, no es que cada nueva aproximación significara una nueva ortodoxia y la simple desaparición de los enfoques precedentes. Por el contrario, se verificó un proceso de acumulación, con lo cual las nuevas perspectivas se adicionaron a las anteriores, si bien algunas teorías gozan de mayor aceptación. Las nuevas teorías tampoco contaron con discursos lo suficientemente poderosos como para generar un nuevo consenso alrededor de sus propios parámetros. No obstante, si uno pudiera hablar de "ortodoxias", las aproximaciones realista, neorrealista y más recientemente el neoliberalismo institucional quizás merecen ese calificativo.

En este contexto, de coexistencia de múltiples perspectivas, se produce el así llamado Tercer Debate. Un debate que no ha concluido y que ha resultado en la introducción de aproximaciones postmodernas en relaciones internacionales.

EL TERCER DEBATE EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Lo que se conoce como el Tercer Debate es producto de la convergencia de varios desarrollos en el área de filosofía del conocimiento. El Tercer Debate se alimenta de las críticas radicales formuladas tanto al positivismo como a los enfoques empírico-analíticos desde varios ángulos. George y Campbell citan como fuentes principales de dichas críticas a las publicaciones tardías de Wittgenstein, los aportes de Peter Winch, de Thomas Kuhn, de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt (Horkheimer, Adorno, Marcuse y Habermas), y de autores postmodernos como Foucault, Derrida, Lyotard y Lacan.¹⁴

A pesar de sus particularidades y diferencias, tales autores habrían contribuido a la generación de una nueva agenda de debate con especial énfasis en: a) una crítica a las aproximaciones positivistas y empíricas en sus pretensiones de conocimiento que efectivamente refleja/explica la realidad social; b) un rechazo a la constitución de toda fundación inde-

pendiente para juzgar la acción social. Se cuestiona aquí la búsqueda de una neutralidad valorativa y de una objetividad por parte de las aproximaciones científicas, no solamente como algo imposible, sino como algo que revierte inevitablemente en una manipulación ideológica. De ahí que conocimiento, historia, cultura y relaciones de poder están íntimamente ligados entre sí, y toda separación no es más que un ocultamiento arbitrario de sus vínculos; c) en conexión con lo anterior, se presta especial atención al lenguaje, a los discursos, a la construcción lingüística de la realidad; d) finalmente, se resalta lo que atañe a la constitución de identidades y significados en todas sus formas.¹⁵

Varios de estos asuntos no son nada nuevos. La escuela de Frankfurt data de 1923 y ya hacia finales de los años treinta criticaba al positivismo de los enfoques científicos. Por otro lado, Kuhn publicó hacia finales de la década de los sesenta su teoría de las revoluciones científicas,¹⁶ donde planteaba que el conocimiento depende en parte de un acuerdo entre los miembros de la comunidad científica, lo que llama la atención sobre el carácter relativo y subjetivo del saber. En este mismo periodo se dan a conocer también varios de los postmodernistas franceses. En todo caso, en lo que respecta a las relaciones internacionales, apenas desde mediados de la década de los ochenta se introducen dichos cuestionamientos, lo que revela una preocupación tardía por los fundamentos que han guiado a la disciplina desde sus inicios.

El Tercer Debate se produce en un terreno metateórico, donde se confrontan los fundamentos mismos de las distintas aproximaciones que se han empleado en las relaciones internacionales. Se emplea la palabra metateoría en alusión a que no se trata de un debate metodológico o de técnicas de investigación. No es una discusión sobre cuál es la mejor estrategia (método) o herramientas (técnicas) para aproximarse a un objeto de estudio. Si se tratara de eso, bastaría con huscar una comprobación empírica de cada teoría para así optar por la de mayor poder explicativo sobre la realidad social (aunque un problema frecuente, es que el tipo de fenómenos que pretende explicar cada teoría es distinto, lo que dificulta las comparaciones). Los debates teóricos suelen, o en principio pueden, resolverse en el terreno de la comprobación.

El Tercer Debate tiene que ver con una instancia previa: con la teoría de la teoría (por eso el término metateoría). De ahí que se haya generado

13 K. J. Holsti, "Mirror, Mirror on the Wall, Which are the Fairest Theories of All", en: *International Studies Quarterly* 33, (1989), p. 257.

14 Para un mayor detalle de las fuentes véase Jim George y David Campbell, "Patterns of Dissent and the Celebration of Difference: Critical Social Theory and International Relations", en: *International Studies Quarterly* (1990), 34, pp. 269-293.

15 Ibid. p. 270.

16 Thomas Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (2nd Ed.), Chicago, University of Chicago Press, 1970.

una sensibilidad en torno a lo que está implícito en distintas perspectivas, así como en lo que se desprende de esos implícitos. Al interrogar las bases de lo que tradicionalmente se entendía como conocimiento, el Tercer Debate nos obliga a plantearnos de nuevo las preguntas básicas.

Con tales cuestionamientos, se ha introducido un espacio de seria incertidumbre en la disciplina de las relaciones internacionales. Inicialmente el Tercer Debate incorporó las preguntas formuladas en el marco del debate a la modernidad que ha estado en curso desde hace algunos años. Con ello se han puesto en duda algunas herencias de la Ilustración, en materia de principios de conocimiento, como es el caso de la separación (oposición) de los términos sujeto-objeto, adentro-afuera, conocimiento-poder, teoría-práctica, etc. Esto ha dado lugar a un cuestionamiento de los márgenes mismos de la disciplina, de sus conceptos rectores, de la validez de mantener lo internacional como un ámbito separado y discreto, de la posibilidad de seguir tomando a los Estados como objeto de estudio privilegiado sin incurrir al mismo tiempo en un acto de estabilización de su estatus ontológico.

Se ha pasado entonces, de una situación donde se daba la coexistencia (incómoda a veces) de varios paradigmas, a un cuestionamiento más profundo que ha hecho tambalear los supuestos de las aproximaciones tradicionales. El Tercer Debate no solamente ha servido para emprender una crítica radical de los enfoques anteriores (realismo, neorrealismo, pluralismo, teoría del sistema global), sino que ha abierto el abanico de perspectivas con la introducción de la teoría crítica, el feminismo y los enfoques postmodernos.

Quizás sea excesivo afirmar como lo hacen algunos, que hemos entrado en la era del postpositivismo.¹⁷ Como sea, el Tercer Debate ha significado cuanto menos un movimiento en la dirección de una mayor reflexividad teórica.¹⁸ Se ha introducido cierto malestar que impide asumir una posición ingenua frente al lenguaje y frente a los supuestos del empirismo y de la ciencia en las relaciones internacionales.

LÍMITES E INCERTIDUMBRE

El Tercer Debate ha sido bastante controversial. De un lado ha generado temor y rechazo gracias al debilitamiento de los discursos fundacionales de la disciplina. Es como si los mapas de entendimiento y las preguntas-guía de las relaciones internacionales estuvieran al borde del abismo a raíz de un proceso de crítica radical. Por otro lado, gracias a esto se ha posibilitado una rica fertilización de la disciplina por parte de otras áreas del conocimiento.

Las divisiones en las ciencias sociales son arbitrarias. El objeto de estudio (lo social) es uno, y sus compartimentalizaciones se justifican por una finalidad netamente práctica que es profundizar. Esta misma lógica explica las subdivisiones dentro de cada disciplina (así como el estudio de las relaciones internacionales), lo que supone una cierta ventaja en la especialización.

Pero al mismo tiempo, si hay algo híbrido por naturaleza es el estudio de lo internacional, dado que adquiere textura solamente en aleación con algo adicional. Estudiar relaciones internacionales implica hacer referencia a las configuraciones y prácticas en materia legal, normativa, militar, económica y cultural, en un espacio específico: el espacio que trasciende las fronteras de cada Estado, que se supone distinto al doméstico. Se trata entonces de una disciplina mixta y cambiante, que debe nutrirse constantemente de los desarrollos en otras áreas del conocimiento.

A pesar de ello, algunas corrientes dentro del Tercer Debate no se han tomado como un ejemplo más del carácter híbrido de la disciplina: para algunos, dichas corrientes han sido especialmente controversiales debido al tipo de preguntas que formulan. El relativismo al que apuntan la Teoría Crítica y el postmodernismo tiene un poder de perturbación extraordinario, por cuanto pone en duda la posibilidad misma de apelar a un tipo particular de discurso (científico-empírico-racional) como si fuera algo privilegiado en materia de obtener conocimiento (objetivo y con neutralidad valorativa). De ahí se cuestiona toda una tradición en materia investigativa que ha servido para justificar no sólo las maneras de aproximarse a la realidad y de actuar, sino las mismas jerarquías prevalecientes en la academia.

No debe sorprender entonces que el Tercer Debate haya generado tantos ataques, como llamados a encontrar un nuevo consenso. La pluralidad de enfoques se ha tomado como un mal síntoma y como reflejo de una falta de acuerdo sobre la esencia misma de la disciplina. Incluso algunos

17 A eso alude Yosef Lapid en su artículo "The Third Debate: On Prospects of International Theory in a Postpositivist Era", en: *International Studies Quarterly* (1989), 33, pp. 236-254.

18 Mark Neufeld, "Reflexivity and International Relations Theory," en: Claire Turenne y Wayne S. Cox, *Beyond Positivism: Critical Reflections on International Relations*, Boulder and London, Lynne Rienner, 1994, pp. 11-12.

de los propulsores del Tercer Debate han conminado a una (improbable) síntesis.

Del lado de las perspectivas tradicionales, Robert Keohane ha atacado de manera reiterada las nuevas perspectivas teóricas, afirmando que a pesar de su potencial desestabilizador, permanecerán en un lugar marginal de las relaciones internacionales a menos que sean capaces de desarrollar un programa de investigación empírico que dé cuenta de los sucesos a nivel de política global.¹⁹ Otros como Holsti, han asumido una posición similar, aprobando la existencia de una pluralidad de enfoques solamente en la medida en que esto ayude a volver más inteligible a la realidad, así esto contrarie las concepciones epistemológicas del postmodernismo.²⁰

La reacción de Keohane y Holsti representa un atrincheramiento de los enfoques tradicionales en sus viejas premisas, pero no la respuesta a los cuestionamientos y críticas formulados a raíz del Tercer Debate. De igual manera debe anotarse que el "programa de investigación" tanto de la Teoría Crítica, como del feminismo y del postmodernismo ha estado en curso desde hace algunos años, con parámetros y criterios distintos a los empleados en los enfoques empírico-analíticos.

También ciertos exponentes de las nuevas perspectivas manifiestan preocupación frente a la proliferación de teorías. Mark Hoffman ha buscado generar un nuevo consenso académico alrededor de la "teoría crítica", como si pudiera construirse un acuerdo más allá del positivismo y del empirismo, así como de los mismos enfoques interpretativos de las ciencias sociales.²¹ Hoffman propone seguir la línea de Robert Cox, quien además de rescatar la Teoría Crítica, ha sido pionero en la aplicación de Gramsci a nivel de las relaciones internacionales.²²

De una orientación similar a la de Hoffman, Andrew Linklater ha buscado promover una síntesis entre Teoría Crítica y postmodernismo bajo la premisa de que la crisis actual no es benéfica para la disciplina en el largo plazo. Linklater postula a la Teoría Crítica como un terreno fértil desde el cual, con un desarrollo adecuado en el área de relaciones inter-

19 Robert Keohane, "International Institutions: Two Approaches," *International Studies Quarterly*, vol. 32, n. 4, 1988, pp. 379-396.

20 Holsti, pp. 255-261.

21 Léase el excelente artículo de Mark Hoffmann "Critical Theory and the Inter-Paradigm Debate", en: *Millennium*, vol. 16, n. 2, 1987, pp. 231-247.

22 Sus publicaciones en la revista *Millennium* en 1981 y 1983 tuvieron gran impacto y fueron reimpresas en Stephen Gill (Ed.), *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993. Aquí se encuentran otros autores que toman a Gramsci en relaciones internacionales.

nacionales se le puede otorgar dirección, coherencia y síntesis a la disciplina.²³

Los diversos llamados a la síntesis no han sido exitosos. Los partidarios de los enfoques realistas y neorrealistas han tenido resistencias a quedar bajo la égida de la Teoría Crítica, que constituye en parte un desarrollo del marxismo (nótese sin embargo, que la Teoría Crítica se aparta del marxismo en varios sentidos, constituyendo una relectura y cuestionamiento de esa perspectiva²⁴).

La resistencia a la síntesis se ha dado también por parte del postmodernismo. Los postmodernistas se oponen a la creación de narrativas universales y a la búsqueda de fines trascendentales. El postmodernismo ve en el control del discurso y en la contención a la proliferación de significados una forma arbitraria de imponer límites a la libertad de decir y de actuar. De ahí que vea en la homogeneidad que supone la síntesis, una práctica de poder que acalla voces y margina sectores.

POSTMODERNISMO/POSTMODERNIDAD Y RELACIONES INTERNACIONALES: NOTAS INTRODUCTORIAS

¿En qué contribuyen las perspectivas postmodernas para el estudio de las relaciones internacionales? En las siguientes páginas mi propósito es referir algunos temas del postmodernismo situándolo en un contexto más amplio, pero esto no se debe entender como una elaboración sistemática de sus postulados y categorías analíticas.

Para empezar, es conveniente hacer una simple distinción entre *postmodernismo* y *postmodernidad*. Con la palabra *postmodernidad* se hace referencia a un periodo histórico situado después de la modernidad. Con el término *postmodernismo* en cambio, se hace alusión a una serie de perspectivas entre las cuales se cuentan el postestructuralismo, las arqueologías, la semiología, la genealogía, la deconstrucción, etc. Hay espacios de ambigüedad con respecto a los dos términos.

En efecto, frente al término *postmodernidad* no existe acuerdo si efectivamente podemos hablar de un quiebre histórico que ha dado paso a una nueva época, o si, por lo contrario, seguimos en una suerte de mo-

23 Andrew Linklater, "The Question of the Next Stage in International Relations Theory: A Critical Theoretical Point of View," en: *Millennium* (1992), vol. 21, no. 1, pp. 77-98.

24 La distinción se explica en Hoffman, p. 234.

modernidad tardía o radicalizada²⁵ (así se califique a ciertos países como postindustriales). Toda periodización histórica es equívoca, en el sentido de que con la enunciación de cada nueva época se privilegian elementos de cambio frente a las líneas de continuidad con el pasado. Quizás se necesita una mayor distancia histórica para elaborar una periodización más significativa a este respecto.

Paralelamente, el término postmodernismo no escapa a la incertidumbre. Al cubrir una serie heterogénea de aproximaciones, puede ser complicado hallar un denominador común entre ellas. Agrupar las aproximaciones postmodernas bajo el rubro de postpositivismo o enfoques reflexivos es útil pero no deja de ser una simplificación, y por lo tanto no captura la diversidad y riqueza de los varios enfoques. Dicho rubro no es suficiente para entender por ejemplo, la deconstrucción. A continuación no pretendo elaborar una síntesis de los diversos enfoques del postmodernismo,²⁶ sino introducir algunos puntos frente a los cuales existe controversia (sin pretender resolver dichas controversias).

A semejanza de la Teoría Crítica, los enfoques postmodernos constituyen una reacción frente a las narrativas de la modernidad; en especial, frente a la herencia de la Ilustración y su postulación de la razón como herramienta para develar verdades y alcanzar la felicidad. La ciencia y la tecnología han llegado a encarnar el límite de las potencialidades humanas en materia de control de las condiciones del medio ambiente. Ello ha permitido afianzar cada vez más la creencia de que el hombre es dueño de su propio destino y que su suerte depende cada vez menos de fuerzas aleatorias o misteriosas.

La crítica formulada por el postmodernismo no se limita a que la promesa de emancipación humana a través de la razón no se ha cumplido (lo que se evidencia entre otras, con dos guerras mundiales, continuos conflictos bélicos en el mundo, demasiada tecnología al servicio de la industria armamentista, alarmantes niveles de pobreza, hambrunas). Frente a los inocultables avances de la ciencia, se trata de mostrar también la otra cara de la modernidad. Una modernidad que ha sido instru-

mental para el sometimiento de sociedades menos desarrolladas.²⁷ El avance de la razón se muestra también en su cara avasallante, en términos de imposición de estándares de civilización a nivel global a expensas de los particularismos y las expresiones locales. No se trata de romantizar el pasado y brindar versiones idealizadas de todo lo que parezca tradicional y local. Sin embargo, el postmodernismo busca promover una sensibilidad frente a ese otro lado del progreso: intenta alentar y oír a las voces disidentes, y en esto quizás no se plantea una crítica muy original.

Enfatizar los costos de la modernidad equivale (en principio, aunque no necesariamente) a tomar partido por los oprimidos. Se puede preguntar entonces: ¿En qué se distingue el postmodernismo de otras perspectivas con preocupaciones similares como el marxismo o el cristianismo? Frente al marxismo, el postmodernismo no suele identificarse con el materialismo histórico, ni tiende a privilegiar al proletariado como actor político por excelencia. La opresión se toma en un sentido más amplio, incluyendo al género y a los grupos étnicos, términos irreductibles a la explotación de clase. En contraste con el cristianismo, el postmodernismo no acude a lo trascendental como referente para criticar a la opresión, y lugar en donde finalmente se resolverán las injusticias. Finalmente, en oposición tanto al cristianismo como al marxismo, el postmodernismo no ofrece respuestas anticipadas al problema de la emancipación. Más que consagrar un proyecto único de emancipación universal (perteneciente a ciertas élites iluminadas), se acude al terreno dialógico.²⁸

Pero además, el postmodernismo tiene otra relación con la modernidad: algunos postmodernistas han sentido una gran fascinación por los efectos de la tecnología moderna en el mundo contemporáneo, prestando especial atención a la realidad virtual y al ciberespacio. Se argumenta que tales dominios alteran nuestro tipo de entendimiento así como nuestra situación en el mundo. De ahí que el postmodernismo pretenda ofrecer perspectivas adecuadas para una época en la cual la distinción entre lo real/objetivo y lo virtual/simulado se hace cada vez más difícil, y donde la velocidad en los flujos de información ha alterado nuestros referentes.²⁹

25 Giddens es de los propulsores de la idea de que estamos en un periodo de exacerbación de los efectos de la modernidad. Véase Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity*, Stanford, Stanford University Press, 1990.

26 Una síntesis de algunos aspectos de esto se encuentra en el prefacio y los primeros dos capítulos del libro de James Der Derian y Michael Shapiro, *International Intertextual Relations*, Lexington, Lexington Books, 1989, pp. ix-xxi, y 322. Véase además para una compilación de varias de las temáticas postmodernas a Pauline Rosenau, *Postmodernism and the Social Sciences*, Princeton, Princeton University Press, 1992.

27 Ernest Gellner se refiere a esto en un tono bastante crítico en *Postmodernism Reason and Religion*, London and New York, Routledge, 1992, pp. 26-27.

28 Aquí cabría mencionar la heteroglosia, que pretende remplazar un único recuento de "hechos" por una polifonía en materia de autoría. Véase Gellner, p. 28. Una alusión a esta problemática se encuentra también en John Tomlinson, *Cultural Imperialism*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1991.

29 Véase por ejemplo James Der Derian, "The Space of International Relations:

La alusión a los enfoques reflexivos, quiere decir que el lenguaje deja de ser concebida como una herramienta neutra que aprehende una realidad (objetiva) exterior. Al conllevar cargas valorativas implícitas, es un lenguaje-manifestación y parte de las estructuras de dominación social.³⁰ Pero el postmodernismo va más allá del lenguaje. El postmodernismo no pretende negar el principio de realidad, ni limitarse a una práctica lingüística. Sólo una lectura superficial puede confundir el deseo de aproximarse al mundo en cuanto texto(s) (o subtextos), con la idea de que nos debemos limitar a estudiar lo que otros han escrito. A veces se proyecta una caricaturización,³¹ como si se pudiera hacer una división entre, por un lado, los analistas empíricos que se enfrentan y estudian al "mundo real"; y por otro, los postmodernistas relegados a la labor secundaria de estudiar "lo que otros han dicho o escrito".

Más que obviar la "realidad", el postmodernismo considera como "textos" tanto los discursos como las prácticas sociales. De ahí que se estudie lo implícito no sólo en el lenguaje y en diversas conceptualizaciones, sino en distintas prácticas sociales (más adelante por ejemplo, Cynthia Weber se refiere a las intervenciones internacionales como prácticas dirigidas a estabilizar y volver no-problemático el principio de soberanía estatal). El postmodernismo ofrece artificios para leer desde las márgenes de los textos.

Otro ámbito polémico tiene que ver con el relativismo. El postmodernismo asume todo discurso como algo inextricablemente ligado con un contexto histórico y sus prácticas de poder. Se desprende de esto, que no se puede reclamar un lugar privilegiado (conocimiento/discurso) de objetividad y neutralidad. Ello se ha prestado a la interpretación de que todo discurso vale igual, y, por consiguiente, no hay conocimiento ni terreno ético posible. En otras palabras, el postmodernismo abriría un margen de tolerancia peligroso donde, por ejemplo, los discursos autoritarios o fascistas tendrían el mismo estatus y validez de cualquier otro. No obstante, prestar atención a los elementos de poder, cultura y contexto de cada discurso, es distinto a decir que todo vale igual. El postmodernismo no anula la posibilidad de comparar discursos, de tomar posiciones, de defender y atacar distintos argumentos y valores. De ahí

Simulation, Surveillance, and Speed", en: *International Studies Quarterly* (1990) 34, 295-310.

30 Véase Michael Shapiro, "Textualizing Global Politics", en: der Derian y Shapiro, *Op. cit.* pp. 13-14.

31 A esto se hace referencia en der Derian, pp. 295-296, como respuesta a Keohane.

que el postmodernismo pueda tener tanto vertientes emancipatorias, como conservadoras.³²

El relativismo de las aproximaciones postmodernas ha sido fuertemente atacado por autores como Gellner, quien asevera que nuestra condición moderna consiste en que, para bien o para mal, poseemos un conocimiento (el científico) que va más allá de cualquier cultura o moral: nuestra suerte y tragedia a la vez, sería tener un tipo de saber que es transcultural y amoral; Gellner admite la existencia de un relativismo en términos de moral (la moral sería una contingencia de cada cultura), pero no a nivel cognitivo.³³ Otros autores como Giddens en cambio, argumentan que desde la Ilustración se plantaron las semillas del nihilismo, dado que el conocimiento (científico) se asume de manera provisional y sus fundamentos (fundaciones) se cuestionan constantemente. Si no fuera así, se caería de nuevo en el dogma.³⁴ Las anteriores son críticas diferentes al postmodernismo, por cuanto Gellner reafirma el universalismo de cierto tipo de conocimiento, mientras que Giddens le resta originalidad al antifundacionalismo de los postmodernistas. Los postmodernistas a su vez cuestionan la posibilidad de separar el nivel cognitivo del normativo, y acusan a la Ilustración de proveer un nuevo discurso fundacional a través de la ciencia. Esto sirve para referir algunos matices de este complejo debate que está en curso.

El postmodernismo no constituye la vertiente teórica dominante en las relaciones internacionales, y las mismas dificultades que implica hacen por decir lo menos dudoso que llegue a serlo algún día. Además, la agenda postmoderna apunta hacia una polifonía más que a erigirse como nueva ortodoxia. Como sea, la crítica emprendida por los autores postmodernos ha sido muy incisiva, y se ha enfocado en especial contra los supuestos del realismo y del neorrealismo.³⁵ A manera de ejemplo, la

32 Rosenau, pp. 157-166. Aquí ella especifica la relación derecha-izquierda y postmodernismo, mostrando la ambigüedad prevaleciente. Dentro de la izquierda, nótese que Immanuel Wallerstein, uno de los fundadores de la teoría del sistema global ha empezado a emplear ciertas categorías del postmodernismo en *Geopolitics and Geoculture*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

33 Gellner, pp. 54-55.

34 Giddens, pp. 48-49.

35 R. B. J. Walker *Inside/Outside: International Relations as Political Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993. Walker representa una magnífica aproximación crítica a las teorías tradicionales. También hay que mencionar las muy importantes contribuciones de Richard Ashley quien fue pionero en esto desde mediados de los ochenta, con un capítulo en un libro editado por Robert Keohane, con título *Neorealism and Its Critics*, New York, Columbia University Press, 1986. Véase también de Ashley "Untying the Sovereign State: A Double Reading of the

división entre anarquía internacional y soberanía doméstica se ha criticado no solamente como algo empíricamente incorrecto,³⁶ sino como una práctica heroica que apunta hacia la construcción misma de los Estados. La idea de anarquía internacional sirve para ocultar la arbitrariedad del poder estatal y reforzar la necesidad de soberanía; como si la noción de comunidad política dependiera exclusivamente de relaciones verticales de poder.

Quizás las críticas del postmodernismo al pluralismo y a la teoría del sistema global no han sido tan directas, pero se han hecho explícitas a través de los cuestionamientos a los enfoques empírico-analíticos. Como sea, para concluir esta sección solo quiero agregar que los representantes de las teorías tradicionales no han podido hacer caso omiso de las anteriores (y otras) críticas y cuestionamientos, y de ahí que se haya iniciado un diálogo con el postmodernismo. El postmodernismo ha mostrado un desarrollo estimulante en las relaciones internacionales, y a pesar de su relativa juventud parece haber superado las mayores resistencias.

EL SEMINARIO, LAS PONENCIAS

El seminario sobre postmodernismo y relaciones internacionales sirvió para mostrar una visión alternativa de las relaciones internacionales. Se dejaron al margen las preguntas sobre el deber ser del Estado y también se ignoraron los asuntos de eficiencia estatal. Las preguntas-guía del seminario se refirieron más bien a aspectos de identidad política, prácticas de poder y globalización en tiempos caracterizados por una marcada incertidumbre.

El postmodernismo ha servido para reintroducir una visión crítica en las relaciones internacionales, en marcado contraste con el tono oficialista de muchos discursos académicos (especialmente aquellos inspirados por los supuestos del realismo, que son la mayoría incluso en años recientes). No solamente los supuestos realistas llevan a la pérdida de distancia entre la academia y Estado (por cuanto en el discurso se asume la voz del Estado), sino que en Colombia pareciera que el horizonte de varios académicos tiende a coincidir con el Estado.

En los escritos de relaciones internacionales es fácil encontrarse con artículos un tanto estériles y de carácter predominantemente prescrip-

tivo, sobre lo que el Estado debería hacer a nivel de política exterior en opinión de los analistas académicos, sin que medie ningún tipo de distancia crítica o consideración ética. En especial, encuentro problemáticos los textos que apelan a "Colombia" como sujeto político internacional unitario, lo cual no problematiza al Estado como un ente burocrático, que tiene intereses propios y favorece determinados segmentos sociales (y no otros) y que no necesariamente busca el bien común. Perder la dimensión sociológica del Estado (como sucede al adoptar los supuestos del realismo), equivale con frecuencia a confundir el análisis con meras justificaciones y ahí el académico renuncia a la distancia y habla con la voz del burócrata. Creo que existen otras posibilidades más enriquecedoras a nivel normativo, y que la academia en cuanto tal, debería retomar un filtro crítico y ético cuando se refiera al deber ser del Estado, antes que reproducir el discurso estatal.

El espíritu del seminario se dirigió en parte a mostrar que es legítimo aspirar a otro tipo de academia. Una academia que realce su identidad y su diferencia. Ojalá que la academia pueda seguir hablando, diciendo cosas originales, importantes. El primer paso para ello es establecer una distancia y un espacio de duda, de burla, de crítica frente al discurso oficial, un espacio que ha tendido a perderse.

El seminario también quiso enfatizar la importancia de incluir al postmodernismo como otra voz en la disciplina de las relaciones internacionales. Como una perspectiva nueva, que tiene aportes significativos y que además se debe entender en su complejidad. Con el postmodernismo se ha generado una gran confusión dado que la controversia ha precedido al análisis. Es necesario revertir los términos y escuchar a los que se identifican con esa corriente, antes que a sus enemigos. Paso a hacer una breve alusión a las ponencias que conforman este libro, alusión que en ningún sentido pretende reflejar la riqueza de cada texto:

Como primer capítulo se incluye la ponencia del profesor James Der Derian de la Universidad de Massachusetts (E.E.U.U.), quien delimita los contornos del debate postmoderno en relaciones internacionales. De ahí que se introduzcan las raíces y temáticas del postmodernismo, su terminología básica, la cuestión ética y algunos puntos de controversia con los enfoques ortodoxos. De las distintas ponencias, es la que más ayuda a ubicar un contexto para el postmodernismo.

El segundo capítulo corresponde a la ponencia del profesor R. B. J. Walker de la Universidad de Victoria (Canadá), quien se refiere al tema de la crisis y transición del Estado en el mundo contemporáneo. Algo que se ha analizado en términos empíricos pero quizás menos en su dimen-

Anarchy Problematic", en: *Millennium*, vol. 17 no. 2, 1988, pp. 227-262.

36 Por cuanto la soberanía doméstica (e internacional) de muchos Estados no es más que una ficción jurídica.

sión simbólica. La transición del Estado tiene profundas implicaciones tanto para la teoría política como para nuestra identidad. Afecta nuestro imaginario en cuanto sujetos políticos y miembros de una comunidad determinada.

El tercer capítulo es la ponencia de la profesora Cynthia Weber de la Universidad de Purdue (E.E.U.U.), quien se refiere al tema de la soberanía estatal en cuanto objeto de prácticas de simulación. Esto quiere decir asumir la soberanía no como un hecho objetivo e independiente, sino como algo recreado discursivamente en varias prácticas de poder.

El cuarto capítulo corresponde a la ponencia del profesor Michael Shapiro de la Universidad de Hawaii (E.E.U.U.), quien analiza las fantasías ecumenales de Luciano Benetton. Es un valioso esfuerzo de análisis e interpretación de un proyecto comercial global, lleno de ironías en su supuesta apelación a una conciencia común.

Como quinto capítulo se incluye la ponencia de la profesora Susan Strange del London School of Economics (Reino Unido). La profesora Strange ocupa un lugar de singular relevancia por su trayectoria y sus aportes en la rama de la economía política internacional. Como tal no se identifica con las aproximaciones postmodernas, y fue una importantísima voz crítica dentro del seminario. Si bien su ponencia también se refirió a la crisis del Estado, se dirigió a mostrar cómo éste ha ido cediendo terreno frente al mercado, y las implicaciones que derivan de ello en materia de configuraciones del poder.

El sexto capítulo es un trabajo del profesor Juan Tokatlian sobre el problema de la autonomía desde un punto de vista histórico y teórico, y el séptimo es un escrito del profesor Andrés Franco sobre integración y postmodernidad.

Sin más preámbulos, no me queda otra cosa que agradecer a los ponentes de este seminario y cuyos textos se recopilan en el presente libro por sus valiosos aportes. Igual reconocimiento merece a otros ponentes, en particular Adrian Bonilla de FLACSO Ecuador y Cristina Rojas de Ferro de la Universidad de Carleton. A los comentaristas de las ponencias: Juan Tokatlian, Raúl Carrera, Margarita Bonamusa, Manuel Hernández, Gabriel Misas y Marie-Eve Detoeuf, muchas gracias. A la secretaria del C.E.L., Mónica Bonilla, un especial reconocimiento por su paciencia, recursividad y asistencia. Al resto de miembros (formales y honorarios) del C.E.L., un caluroso abrazo. Finalmente, espero que se hayan divertido todos los que compartieron con nosotros los dos días de pensamiento "post". A Mónica Hurtado, mi compañera de ruta, todo mi amor.

REFERENCIAS

- Gourevitch, Peter, "The Second Image Reversed: The International Sources of Domestic Politics", en: *International Organization* 32 (Autumn 1978), pp. 881-911; y también *Politics in Hard Times*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1986.
- Krasner, Stephen, "Structural Causes and Regime Consequences: Regimes as Intervening Variables", en: Stephen Krasner (Ed) *International Regimes*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1983, p. 2. (Traducción libre).
- Putnam, Robert, "Diplomacy and Domestic Politics", en: *International Organization* 42, (Summer 1988), pp. 427-460.